

JUGUETES ROTOS

LOUIS ARMSTRONG • LOS PRESOS DE ATTICA • BERNADETTE DEVLIN
• LA SEÑORA PEREZ DE TUDELA • LAS INUNDACIONES DE CATALUÑA

Con el subtítulo se puede llenar un periódico. Cada uno de los enunciados reúne variedad de evocaciones suficiente para llenar los rincones del cerebro que reservamos para los «otros» convertidos en espectáculo. Louis Armstrong era nuestro juguete negro y trompetista; «El Lute», el Luis Candelas pasado por la educación visual del Indio Fernández; la señora Pérez de Tudela, la muñeca incongruentemente rota que nos enseña a llorar cuando se nos cae del balcón y queda sobre los adoquines; el cólera es un juguete-toma como el vampirismo de la posguerra, el maquis, el hongo teomicina o la vida privada de Víctor Manuel (el de Saboya y el otro); canciones, cantantes, telefilms, películas, anécdotas, aventuras que a lo largo de cuatro meses nos han ayudado en la higiene de la evasión; las inundaciones de Cataluña, un juguete siniestro, el jugar a catástrofes, ya desgraciadamente patentado y cíclicamente renovado en el mercado.

¿Qué cantidad de emoción real hemos sentido ante estos nombres, hechos, roturas, despedidas, nacimientos? Hoy como nunca empezamos a sentir

EL MUÑECO NEGRO IMPROVISA TODO LO QUE ES CASI SILENCIO

Armstrong probablemente no haya sido el mejor intérprete de «jazz». Era, sin embargo, el más conocido, divulgado, popular. A pesar de que Duke Ellington o Ella Fitzgerald le van a la zaga, indiscutiblemente Armstrong sería la respuesta de cualquier hombre medio ante el requerimiento de que asociara un nombre, un solo nombre al «jazz».

Armstrong era el «jazz» y, sin embargo, el «jazz» en España, incluso en Europa, no ha llegado al conocimiento del mismo público que contestaría «¡Armstrong!» como nombre asociado al «jazz». Armstrong es el «jazz», pero, ¿qué es el «jazz»? Al público europeo le han llegado derivados rítmicos de la música negra. Como le han llegado derivados rítmicos del canto «hondo». Pero la cultura popular no tiene instrumentos para acercarse a las masas lo que más le pertenece: aquellas zonas de subcultura noble que sobrevivieron a la depredación del consumo.

Me parece legítimo que Bela Bartok no diga nada al «docker» de Cleveland o al camionero de Calatayud. Pero el «jazz» es suyo, el canto «hondo» es suyo. El «jazz» destruyó la hegemonía de los Conservatorios, arruinó la sacramentalidad de la cultura musical y hasta tal punto afectó al código expresivo elitista, que un hombre tan lúcido, distante y progresivo como Adorno no pudo evitar un rencor de

aristócrata de la cultura contra el claroscuro amenazador, castrador de los saxos y las trompetas cortantes. Hasta tal punto era amenazador el «jazz», que suscitó los más enconados empeños para su integración.

Integrar es defenderse y comercializar es integrar y defenderse. A este juego se prestó la plana mayor del «jazz» de entreguerras, por encima de los cadáveres de los creadores anónimos, de los pequeños prestigios auto-

en nuestra conciencia el cáncer de la informatización. Lo que ocurre tiene una importancia cada vez más graduada por el tratamiento informativo que por la decisión del hombre-espectador. La muerte de Armstrong en cinco líneas, en una esquina de página par, de sexta, octava, décima página, apenas hubiera pellizcado levemente el cerebro o el corazón. Pero la muerte de Armstrong desplegada bajo el titular inmenso, geológico, de la televisión, se mete en nuestras vidas como una muerte impresionantemente dolorosa. Ya no cuenta qué fue o no fue Armstrong para nosotros. Hemos perdido el derecho a elegir las afinidades y su grado. No sólo estamos saturados de juguetes, sino que la mecánica del conocimiento informatizado moderno convierte en juego hasta nuestra propia supervivencia.

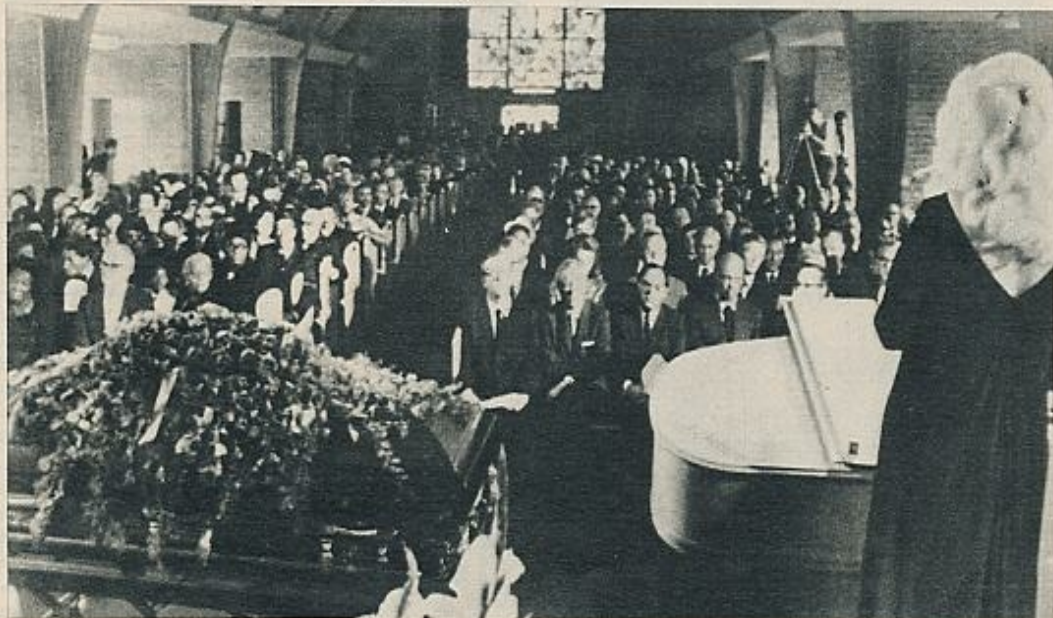
Al recapitular cuatro meses de emociones consumidas me he encontrado con un viejo cesto desvencijado lleno de juguetes rotos, que desempañaron su papel enteros, ahora rotos. Entre las manos de la tan traída y llevada masa, en su bien programado jardín de infancia, canturreando la por ingenua horrorosa canción del no somos nada.

didactas de las orillas del Mississippi: el río de la pena negra. Armstrong fue uno de los que pactaron en la larga marcha del «jazz» al coliseo blanco electro-sónico. A cambio de quitar agresividad situacional al «jazz», le regalaban las primeras páginas y el perdón por ser negro y triste. Los jóvenes «panteras negras» tuvieron que retroceder hasta la noche de su origen africano en busca de los ruidos primitivos, música de fondo de su lucha.

Armstrong y otros como él habían convertido la vitalidad del «jazz» en un safari fotográfico al alcance de solteronas de Minnesota en busca del octavo día de la semana.

Y tal vez pese a sí mismos. Porque durante sus quince primeros años, Armstrong sopló con sus mejores y más calientes sangres de animal prohibido. Para, finalmente, interpretar cada día los ecos de su música de ayer, al alcance de los oídos más cie-

En los funerales de Armstrong cantó unas plegarias Peggy Lee



JUQUETES ROTOS

gos, de los ojos más sordos de un mundo que le aceptaba como un juguete convencional cuya primitiva significación habían olvidado.

BERNADETTE DEVLIN O LOS LIMITES DE LA CARIDAD CATOLICA ANTE LA EXCEPCION

El recrudescimiento del conflicto del Ulster empezó al borde del verano con la noticia extraparlamentaria de que Bernadette Devlin, de estado soltera y de religión católica, esperaba un bebé. Ante las morbosas preguntas de los periodistas, la Devlin contestó que el bebé era asunto suyo y el nombre del padre también. El embarazo no le impidió a Bernadette participar activamente en las luchas de resistencia pasiva, en las luchas parlamentarias, en un cotidiano quehacer en defensa del sector de pueblo irlandés que representaba.

La Devlin les ha parecido particularmente ofensiva a algunos por sus connotaciones de mujer nueva y fuerte.



Es mi deseo de que ningún lector interesado pueda interpretar mi referencia al caso de la Devlin como una apología directa o indirecta de los hijos naturales. Ni quito ni pongo padres, pero ayudo a la Devlin. Hace falta una valentía moral catedralicia para pasear un hijo natural ante el hambre morbosa e indiscriminada de la información mundial, ante la incompreensión salvaje de reprimidos y reaccionarios.

Un sector de la prensa llegó al insulto indirecto más rastroso. Un gracioso de cierta «Hoja del Lunes» llegó al insulto más primario y más precariamente solapado bajo una literatura troglodítica. En aquel momento el Torquemada de turno pasaba por alto la confesionalidad continuamente expresa de la Devlin. En aquel momento, pasaba por alto la cotidiana defensa de la catolicidad que la Devlin representa. Rompía el débil corsé de la solidaridad confesional para agredir al símbolo de la mujer emancipada, cien veces más peligrosa por

su proclama constante de catolicidad.

Una vez más funcionaba el toque de degüello contra el «hermano separado», peligrosísimo, mucho más peligroso que el enemigo a secas. La Devlin ofende al ultramontano porque es una mujer y una mujer valiente, porque es católica y sin embargo es enemiga de la propiedad privada de los medios de producción, porque acepta sus responsabilidades armada de cultura y valor, no como otras pobres muchachas cotidianamente aplastadas por el anatema en el seno de comunidades farisaicas, para las que el primer deslíz de su vida abre el plano inclinado hacia la marginación social.

La Devlin resultaba particularmente ofensiva por sus connotaciones de mujer nueva y fuerte. Con su hijo a cuestas ha dado una lección de responsabilidad. Para algunos se habrá roto el juguete de una Santa Eulalia más o menos rojilla.

PEQUEÑO HOMENAJE AL AMA DE CASA QUE MURIO EN EL EMPENO DE GUIJAR CON ACEITE DE OLIVA EN EL HIMALAYA

Tenía muy vista a la señora Pérez de Tudela. La vi el día en que su marido iba hacia el millón y el nerviosísimo concursante estrechó la mano de Pecker y a continuación la de su propia esposa. Pecker le preguntó:

—¿Pero es que suele despedirse así de su esposa?

César Pérez de Tudela contestó sin pensárselo dos veces:

—Sí, sí. Tenemos esta costumbre. Ella aceptó el comentario y lo asumió.

Meses después volví a ver a la señora Pérez de Tudela en la pequeña pantalla. Se despedía del público porque iba a la expedición de su marido hacia el Himalaya.

—Una mujer es muy conveniente —razonaba César Pérez de Tudela—. Con su femineidad puede aliviar la tensión de una escalada.

»Y puede cocinar con buen gusto.

La señora Pérez de Tudela explicó el tipo de provisiones que pensaba llevar en los primeros campamentos. El aceite de oliva ocupaba un lugar preferencial. No hay duda de que, en las primeras semanas, la expedición de Pérez de Tudela fue una de las mejor alimentadas de la historia del alpinismo. Después Elena murió y todo el mundo se creyó en la obligación de acusar a Pérez de Tudela de irresponsabilidad, como si nada hubiera contado la voluntad de la propia Elena. Funcionaba una vez más el prejuicio del marido hacedor y desfacedor y de la casada con la pierna quebrada y en casa. Elena Pérez de Tudela había elegido acudir a la expedición. Su decisión era un acto libre, uno de los



A César Pérez de Tudela no se le ha perdonado que permitiera a su mujer el pequeño acto reformista de acompañarle al Himalaya.

pocos actos libres que pudo tener como ser humano. El cólera se cruzó en su camino, como podía haberse cruzado en julio de tierras de Aragón en cualquier beatífica excursión al monasterio de Piedra. Pero su memoria y la vida de César Pérez de Tudela fue asaltada por la falsa conciencia de lo que es y no es responsable.

Pérez de Tudela es un heterodoxo del alpinismo. Elena, al parecer, era una heterodoxa en la cuestión de la funcionalidad de la mujer. A César Pérez de Tudela no se le ha perdonado que escale montañas sin matrícula y cédula de identificación fiscal. Y, en el fondo del fondo, no se le ha perdonado que permitiera a su mujer el pequeño acto reformista de irse a guisar al Himalaya. Del propio Pérez de Tudela hablaremos en otro número.

Las muñecas en España guisan en casita, en su cocinita, con su camisita y su canesú, dicen papá y mamá, pero con el tiempo también aprenderán a decir: querido y venerado esposo. Las muñecas en España jamás han sido programadas para que se vayan al Himalaya, aunque sea con una botella de aceite de oliva.

LA PRISION DE ATTICA O EL MIEDO DE LA SOCIEDAD A MIRARSE EN LOS ESPEJOS DEFORMADOS

Un motín en la prisión de Attica ha puesto en entredicho la organización social americana en mayor medida que la segregación racial o la evidencia de una América pobre.

Un gobernador, Rockefeller, que no quiso perder en el futuro los votos de la gente de orden. Una gente de orden horrorizada ante el espectáculo de la

rebeldía de los más marginados de los marginados sociales. Un instrumento de represión ciego, que al parecer no se ha leído jamás las actas de los juicios contra instrumentos de represión nazi. En la larga y ancha represión contra los colaboradores del nazismo, el principio de que un soldado debe tratar de desobedecer las órdenes criminales ha servido para enviar a la cárcel, y en su momento a la horca, a muchos colaboradores del nazismo.

Si aquello sirvió para castigar al vencido nazismo, no ha servido para impedir las brutalidades, hoy perfectamente demostradas, de los amos de la Tierra allí donde extienden su mandato. La entrada de la represión en la cárcel de Attica fue una muestra descorazonadora de salvajismo. Se aplicó la muerte y la tortura de una manera sistemática. Y si en un primer momento se intentó tergiversar la información, el alivante poder de la información consiguió evitar la superchería. Ante la desesperanza del mundo entero, la

libertad de información parece convertirse en el único principio que aún puede ayudarnos a evitar el desorden establecido.

Pero la verdad informativa casi nunca consigue impedir nada. Lo que consigue es transcribir lo que ya ha ocurrido y lo que ocurre. Decenas de personas fueron asesinadas en acto de ejemplaridad que sólo ha conseguido horrorizar a la opinión pública de todo el mundo. La terrible pregunta surge como consecuencia precisamente de este hecho.

¿Acaso la opinión pública no le importa un solemne comino al desorden establecido?

Después de la evidencia del horror, la norma y el olvido. Rockefeller aún puede ganar unas cuantas elecciones antes de entregar su conciencia al oscuro vaho de la última noche.

Y, en el fondo, las buenas conciencias se han encogido de hombros ante los muñecos degollados. Eran muñecos

El motín de la prisión de Attica ha puesto en entredicho la organización social americana en mayor medida que la segregación racial o la evidencia de la América pobre.



Un aspecto de la carretera nacional de Madrid a Barcelona, a la altura de San Andrés de la Barca y Martorell.

malos. De los que siempre pierden. De los que aprendemos a matar desde la infancia. De los que ya nacen bajo el signo de una vida breve, ni respetable ni respetada.

DONDE SE DEMUESTRA QUE EL GANGES PASA POR CATALUÑA BAJO NOMBRES ANODINOS E IRRELEVANTES: LLOBREGAT, OÑAR, TORDERA

El monzón catalán ha creado una tradición septembrina llena de desgracias y palabras. Lluve sobre un país preparado para el sol y las aguas arrastran vidas humanas, ganado, fábricas, hogares. ¿Nada puede hacerse contra ríos previsible, casi domésticos? ¿Acaso se trata de arteros Ganges mal llamados con nombres del lugar?

Las inundaciones de este año han producido casi una veintena de muertos. Un número atroz, pero mínimo comparado con el de las víctimas de 1962. Una autoridad ministerial reconocía que el número de víctimas se debía, aparte de las medidas preventivas tomadas a raíz de lo de 1962, a que las riadas se habían formado de día.

Se han producido evidencias de cosas que ya habían nacido condicionadas por extrañas leyes de imprevisión. Un barrio entero de las afueras de Barcelona fue inundado por el Llobregat. Los payeses del Prat, hace años, cuando vieron que empezaban a construirlo, comentaban:

—Pero, ¿qué hacéis ahí? Cuando el Llobregat crece todo esto queda encharcado.

Otro asunto interesante ha sido la quiebra del cálculo de probabilidades. Se hundió la autopista de Barcelona a La Junquera ante el embate de un río tan doméstico como el Tordera. Cayeron las pistas como en las películas

del hundimiento del Imperio romano.

El comentario de uno de los responsables de la sociedad anónima fue sumamente problemático para la religión del cálculo de probabilidades:

—Es muy extraño. Según el cálculo de probabilidades, en cien años de funcionamiento está prevista una catástrofe.

Al año de funcionamiento ha ocurrido la primera catástrofe. Nos esperan noventa y nueve años de tranquilidad.

Casas que se hunden o inundan, fábricas anegadas, autopistas Cecil B. de Mille, el agua turbia y salvaje, y sobre todo esto la lenta obstinación de los juguetes supervivientes, recuperando ruinas y seres queridos.

MÁS DE CIENTO ROSTROS AMABLES NOS INVITAN A RECUPERAR LA CONFIANZA EN LAS PROTEÍNAS Y LA CULTURA DEL OCIO

Pero pese a estos juguetes rotos, cada uno de los días de estos cuatro meses ha tenido su juguete nuevo, sorprendente, aliviador, hermoso, comestible, riquísimo. Un día ha sido el «rolling stone» que se ha casado; otro día, el gran Ocaña que estuvo a punto de batir a Merckx, o Celia Gámez cantando una vez más

«La española cuando besa, besa siempre de verdad»...

o Conchita Cintrón convertida en locutora taurina, o Dalí convertido en cantante internacional... A juguete por día, ciento veinte. Ciento veinte mil juguetes sonrosados y entrañables, gorditos y emocionantes hasta el calor-frío, ¿tienen algo que temer frente a los ocho o diez juguetes cuya rotura ha destruido en parte la mística del nunca pasa a nada, aunque pase? ■ M. V. M.